

TESTIMONIO

de

Mons. Carlo Maria Viganò
Arzobispo titular de Ulpiana
Nuncio Apostólico

En este momento trágico que está atravesando la Iglesia en varios lugares del mundo: Estados Unidos, Chile, Honduras, Australia, etc., la responsabilidad de los obispos es serísima. Pienso en especial en los Estados Unidos, donde fui enviado como Nuncio Apostólico por el Papa Benedicto XVI el 19 de octubre de 2011, memoria de los Primeros Mártires de América del Norte. Los obispos de los Estados Unidos están llamados, y yo con ellos, a seguir el ejemplo de esos primeros mártires que llevaron el Evangelio a tierras de América, a ser testimonios creíbles del amor inconmensurable de Cristo, Camino, Verdad y Vida.

Obispos y sacerdotes, abusando de su autoridad, han cometido crímenes horrendos en detrimento de sus fieles, menores, víctimas inocentes, hombres jóvenes deseosos de ofrecer su vida a la Iglesia, o han permitido, con su silencio, que dichos crímenes siguieran siendo perpetrados.

Para devolver la belleza de la santidad al rostro de la Esposa de Cristo, terriblemente desfigurado por tantos delitos abominables, y si queremos sacar de verdad a la Iglesia de la fétida ciénaga en la que ha caído, tenemos que tener la valentía de derribar esta cultura de *omertà* y confesar públicamente las verdades que hemos mantenido ocultas. Es necesario derribar el muro de *omertà* con el que los obispos y sacerdotes se han protegido a ellos mismos en detrimento de sus fieles; *omertà* que, a los ojos del mundo, corre el riesgo de hacer aparecer a la Iglesia como un secta, *omertà* no muy distinta de la que encontramos vigente en la mafia. “Lo que digáis en la oscuridad... se pregonará desde la azotea” (Lc 12, 3).

Siempre he creído y esperado que la jerarquía de la Iglesia pudiera encontrar en sí misma los recursos espirituales y la fuerza para sacar a la luz la verdad, para enmendarse y renovarse. Por esta razón, aunque me lo habían pedido en varias ocasiones, siempre había evitado hacer declaraciones a los medios de comunicación, incluso cuando habría estado en mi derecho hacerlo para defenderme de las calumnias publicadas sobre mi persona por parte de altos prelados de la Curia romana. Pero ahora que la corrupción ha llegado a los vértices de la jerarquía de la Iglesia, mi conciencia me impone revelar esas verdades relacionadas con el tristísimo caso del arzobispo emérito de Washington Theodore McCarrick, de las que tuve conocimiento durante los cargos que me fueron confiados: por san Juan Pablo II como Delegado de las Representaciones Pontificias de 1998 a 2009, y por el Papa Benedicto XVI como Nuncio Apostólico en los Estados Unidos de América del 19 de octubre de 2011 a finales de mayo de 2016.

Como Delegado de las Representaciones Pontificias en la Secretaría de Estado, mis competencias no se limitaban a las Nunciaturas Apostólicas, sino que incluían también ocuparme del personal de la Curia romana (contratación de personal, promociones, procesos informativos sobre los candidatos al episcopado, etc.) y el estudio de casos

delicados, también de cardenales y obispos, que eran confiados al Delegado por el Cardenal Secretario de Estado o por su Sustituto en la Secretaría de Estado.

Para disipar las sospechas que han sido insinuadas en algunos artículos recientes, diré inmediatamente que los Nuncios Apostólicos en los Estados Unidos Gabriel Montalvo y Pietro Sambì, ambos fallecidos recientemente, informaron inmediatamente a la Santa Sede en cuanto tuvieron conocimiento de los comportamientos gravemente inmorales del arzobispo McCarrick con seminaristas y sacerdotes. Es más. La carta del padre Boniface Ramsey, O.P. del 22 de noviembre de 2000, según cuanto escribió el Nuncio Pietro Sambì, la escribió por petición del llorado Nuncio Montalvo. En la misma, el padre Ramsey, que había sido profesor en el seminario diocesano de Newark desde finales de los años 80 hasta 1996, afirma que era un secreto a voces en el seminario que el arzobispo “*shared his bed with seminarians*” [*compartía su cama con seminaristas*], e invitaba a cinco cada vez para que pasaran con él el fin de semana en su casa de la playa. Y añadía que conocía a un cierto número de seminaristas, algunos de los cuales fueron ordenados en la archidiócesis de Newark, que habían sido invitados a susodicha casa y habían compartido cama con el arzobispo.

Mientras permanecí en el cargo que entonces desempeñaba, no tuve conocimiento de que la Santa Sede hubiera tomado medida alguna al respecto tras la denuncia del Nuncio Montalvo a finales del 2000, cuando el cardenal Angelo Sodano era Secretario de Estado.

Asimismo, el Nuncio Sambì transmitió al cardenal Secretario de Estado Tarcisio Bertone un memorándum de acusación contra McCarrick presentado por el sacerdote Gregory Littleton de la diócesis de Charlotte, reducido al estado laico por violación de menores, junto a dos documentos del mismo Littleton en los que relataba su triste historia como víctima de abusos sexuales perpetrados por el entonces arzobispo de Newark y por varios sacerdotes y seminaristas. El Nuncio añadía que Littleton, a partir de junio de 2006, había enviado este memorándum a una veintena de personas entre autoridades judiciales civiles y eclesiásticas, policías y abogados y que era muy probable, entonces, que la noticia se hiciera pública. Pedía, por consiguiente, una rápida intervención de la Santa Sede.

Como Delegado de las Representaciones Pontificias estos documentos me fueron confiados el 6 de diciembre de 2006 y redacté una Nota en la que exponía a mis superiores, el cardenal Tarcisio Bertone y el sustituto Leonardo Sandri, que los hechos atribuidos a McCarrick por Littleton eran tan graves y abominables que provocaban en el lector desconcierto, repugnancia, profunda pena y amargura. Dichos hechos configuraban crímenes de captación; incitación a actos obscenos de seminaristas y sacerdotes, repetidos y simultáneos con más personas; escarnio de un joven seminarista que se resistió a las seducciones del arzobispo en presencia de otros dos sacerdotes; absolución del cómplice en los actos obscenos; celebración sacrílega de la Eucaristía con los mismos sacerdotes tras haber cometido dichos actos.

En esa Nota mía, que entregué ese mismo día 6 de diciembre de 2006 a mi directo superior, el sustituto Leonardo Sandri, proponía a mis superiores las siguientes consideraciones y líneas de acción:

- Considerando que a los muchos escándalos ya existentes en la Iglesia de los Estados Unidos parecía que estaba a punto de añadirse uno especialmente grave en el que estaba implicado en primera persona un cardenal
- y que por ley, al tratarse de un cardenal, según el canon 1405 § 1, n. 2, “*ipsius Romani Pontificis dumtaxat ius est iudicandi*” [*Es derecho exclusivo del Romano Pontífice juzgar en las causas*];
- proponía que respecto al cardenal se tomara una medida ejemplar que pudiera tener una función medicinal, para prevenir futuros abusos de víctimas inocentes y aplacar el gravísimo escándalo que suponía para los fieles, que a pesar de todo seguían amando y creyendo en la Iglesia.

Añadí que sería saludable que, por una vez, la autoridad eclesial interviniera antes que la civil y, en la medida de lo posible, antes de que el escándalo estallara en la prensa. Esto habría podido devolver un poco de dignidad a una Iglesia afectada y humillada por el gran número de comportamientos abominables de algunos de sus pastores. En tal caso, la autoridad civil ya no tendría que juzgar a un cardenal, sino a un pastor hacia el cual la Iglesia ya había tomado las medidas oportunas, para impedir que el cardenal, abusando de su autoridad, siguiera destruyendo a víctimas inocentes.

Mis superiores conservaron esa Nota mía del 6 de diciembre, que nunca me devolvieron con una eventual decisión en mérito.

Sucesivamente, hacia el 21-23 de abril de 2008, se publicó en internet, en el sitio online richardsipe.com, el *Statement for Pope Benedict XVI about the pattern of sexual abuse crisis in the United States* [*Declaración para el Papa Benedicto XVI sobre el patrón de la crisis de abusos sexuales en los Estados Unidos*], de Richard Sipe, que el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cardenal William Levada, transmitió el 24 de abril al cardenal Secretario de Estado Tarcisio Bertone, y que me entregaron un mes más tarde, el 24 de mayo de 2008.

El día siguiente yo entregué mi Nota al nuevo sustituto Fernando Filoni, en la que incluía la nota precedente del 6 de diciembre de 2006. En ella hacía un resumen del documento de Richard Sipe, que terminaba con este respetuoso y triste llamamiento al Papa Benedicto XVI: “*I approach Your Holiness with due reverence, but with the same intensity that motivated Peter Damian to lay out before your predecessor, Pope Leo IX, a description of the condition of the clergy during his time. The problems he spoke of are similar and as great now in the United States as they were then in Rome. If Your Holiness requests I will submit to you personally documentation of that about which I have spoken*” [*Me dirijo a Su Santidad con el debido respeto, pero con la misma intensidad que motivó a Pedro Damián a describir a su predecesor, el Papa León IX, las condiciones del clero en su tiempo. Los problemas que él expuso son similares y tan importantes ahora en los Estados Unidos como lo fueron entonces en Roma. Si Su Santidad lo solicita, puedo hacerle llegar personalmente la documentación a la que me refiero*”].

Terminaba esta Nota repitiendo a mis superiores que yo consideraba que había que intervenir lo antes posible quitando el capelo cardenalicio al cardenal McCarrick e imponiéndole las sanciones que establecía el Código de Derecho Canónico, que preveían también la reducción al estado laical.

Tampoco esta segunda Nota fue devuelta a la Oficina de Personal. Estaba muy desconcertado con mis superiores por la inconcebible ausencia de medidas respecto al cardenal, y porque yo seguía sin recibir ningún tipo de comunicación desde la primera Nota de diciembre de 2006.

Por fin supe con seguridad, por medio del cardenal Giovanni Battista Re, entonces prefecto de la Congregación para los Obispos, que la valiente y digna *Declaración* de Richard Sipe había tenido el resultado deseado. **El Papa Benedicto había impuesto al cardenal McCarrick sanciones similares a las impuestas ahora por el Papa Francisco: el cardenal tenía que irse del seminario en el que vivía, se le prohibía celebrar en público, participar en reuniones públicas, dar conferencias, viajar, con la obligación de dedicarse a una vida de oración y penitencia.**

No sé cuándo tomó el Papa Benedicto estas medidas respecto a McCarrick, si en 2009 o en 2010, porque mientras tanto yo había sido trasladado al Gobernatorado del Estado de la Ciudad del Vaticano; tampoco sé quién fue el responsable de esta increíble demora. No creo ciertamente que fuera el Papa Benedicto, el cual, cuando era cardenal, ya había denunciado en varias ocasiones la corrupción presente en la Iglesia y que, en los primeros meses de su pontificado, había tomado una posición muy firme contra la admisión en los seminarios de jóvenes con profundas tendencias homosexuales. Considero que fue debida al entonces primer colaborador del Papa, el cardenal Tarcisio Bertone, notoriamente favorable a la promoción de homosexuales a puestos de responsabilidad y que solía gestionar la información que consideraba oportuno hacer llegar al Papa.

En cualquier caso, **lo que es cierto es que el Papa Benedicto impuso a McCarrick dichas sanciones canónicas, que le fueron comunicadas por el Nuncio Apostólico en los Estados Unidos, Pietro Sambì.** Mons. Jean-François Lantheaume, entonces primer consejero de la Nunciatura en Washington y *Chargé d’Affaires a.i.* tras la muerte inesperada del Nuncio Sambì en Baltimore, me contó, cuando llegué a Washington —está dispuesto a dar su testimonio—, un coloquio borrascoso, de más de una hora, entre el Nuncio Sambì y el cardenal McCarrick, que había sido convocado en la Nunciatura: “*La voz del Nuncio* —me dijo Mons. Lantheaume—, *se oía hasta en el pasillo*”.

El nuevo Prefecto de la Congregación para los Obispos, el cardenal Marc Ouellet, me comunicó estas mismas medidas del Papa Benedicto en noviembre de 2011, en un coloquio antes de mi partida hacia Washington, como parte de las instrucciones de dicha Congregación al nuevo nuncio.

Por mi parte, se las confirmé al cardenal McCarrick en el primer encuentro que tuve con él en la nunciatura. El cardenal, farfullando de manera incomprensible, admitió que tal vez había cometido el error de haber dormido en la misma cama con algún seminarista en su casa de la playa, pero lo dijo como si el hecho no tuviera la más mínima importancia.

Los fieles se preguntan insistentemente cómo es posible que fuera nombrado para la sede de Washington y que se le hiciera cardenal; tienen todo el derecho a saber quién sabía, quién encubrió sus graves delitos. Y por este motivo es mi deber dar cuenta de lo que sé al respecto, empezando por la Curia romana.

El **cardenal Angelo Sodano** fue Secretario de Estado hasta septiembre de 2006: a él le llegaba toda la información. En noviembre de 2000, el Nuncio Montalvo le envió su informe transmitiéndole la citada carta del padre Boniface Ramsey en la que denunciaba los graves abusos cometidos por McCarrick.

Es bien sabido que Sodano intentó encubrir hasta el final el escándalo del padre Maciel: incluso destituyó al Nuncio de Ciudad de México, Justo Mullor, que se negaba a ser cómplice de sus maniobras de encubrimiento de Maciel y en su lugar nombró a Sandri, entonces Nuncio en Venezuela, que en cambio estaba muy dispuesto a colaborar. Sodano consiguió incluso que la Sala de Prensa del Vaticano emitiera un comunicado en el que se afirmaba una falsedad, a saber: que el Papa Benedicto había decidido que el caso Maciel tenía que considerarse cerrado. Benedicto reaccionó, a pesar de la infatigable defensa de Sodano, y Maciel fue juzgado culpable e irrevocablemente condenado.

¿Fue el nombramiento de McCarrick a la sede de Washington y a cardenal obra de Sodano cuando ya Juan Pablo II estaba muy enfermo? No podemos saberlo. Sin embargo, es lícito pensarlo, pero no creo que sea el único responsable. McCarrick iba con mucha frecuencia a Roma y tenía amigos por doquier, a todos los niveles de la Curia. Si Sodano había protegido a Maciel, como parece que así fue, no hay razón para que no protegiera también a McCarrick, que en opinión de muchos tenía los medios económicos para influir en las decisiones. En cambio, el entonces prefecto de la Congregación para los Obispos, el cardenal Giovanni Battista Re, se había opuesto a su nombramiento a la sede de Washington. En la Nunciatura de Washington hay una nota, escrita de su puño y letra, en la que el cardenal Re se disocia de dicho nombramiento y afirma que McCarrick estaba en el puesto 14 en la lista para la sede de Washington.

Al **cardenal Tarcisio Bertone**, como Secretario de Estado, se le remitió el informe del Nuncio Sambini con todos los documentos adjuntos y, presumiblemente, el Sustrato le entregó mis dos Notas anteriormente citadas, la del 6 de diciembre de 2006 y la del 25 de mayo de 2008. Como ya he apuntado, el cardenal no tenía inconveniente en presentar, de manera insistente, a candidatos manifiestamente homosexuales activos para el episcopado -cito sólo el conocido caso de Vincenzo di Mauro, nombrado arzobispo-obispo de Vigevano, destituido porque abusaba de sus seminaristas-, como tampoco en filtrar y manipular la información que hacía llegar al Papa Benedicto.

El **cardenal Pietro Parolin**, actual Secretario de Estado, también se ha convertido en cómplice de encubrimiento de los delitos de McCarrick; este, de hecho, tras la elección del Papa Francisco, presumía abiertamente de sus viajes y misiones en distintos continentes. En abril de 2014, el *Washington Times* había informado en primera página sobre un viaje de McCarrick a la República Centroafricana en nombre del Departamento de Estado. Como Nuncio en Washington, escribí al cardenal Parolin preguntándole si aún eran válidas las sanciones impuestas a McCarrick por el Papa Benedicto. ¡Inútil decir que nunca hubo respuesta a mi carta!

Lo mismo se puede decir del **cardenal William Levada**, antiguo Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y de los **cardenales Marc Ouellet**, Prefecto de la Congregación para los Obispos, y **Lorenzo Baldisseri**, antiguo Secretario de la misma Congregación para los Obispos, y del **arzobispo Ilson de Jesus Montanari**,

actual Secretario de dicha Congregación. Todos, en razón de su cargo, estaban al corriente de las sanciones impuestas por el Papa Benedicto a McCarrick.

Los **cardenales Leonardo Sandri, Fernado Filoni y Angelo Becciu**, como Sustitutos de la Secretaria de Estado, conocían con todo detalle la situación del cardenal McCarrick.

Lo mismo vale para los **cardenales Giovanni Lajolo y Dominique Mamberti** que, como Secretarios para las Relaciones con los Estados, participaban varias veces a la semana en reuniones colegiales con el Secretario de Estado.

En lo que respecta a la Curia romana, por ahora me detengo, aunque son bien conocidos los nombres de otros prelados del Vaticano, también muy cercanos al Papa Francisco, como el **cardenal Francesco Coccopalmerio** y el **arzobispo Vincenzo Paglia**, que pertenecen a la corriente filohomosexual favorable a subvertir la doctrina católica respecto a la homosexualidad; corriente que ya fue denunciada en 1986 por el cardenal Joseph Ratzinger, entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en la *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la atención pastoral a las personas homosexuales*. A la misma corriente, aunque con una ideología distinta, pertenecen también los **cardenales Edwin Frederick O'Brien y Renato Raffaele Martino**. Otros, pertenecientes a dicha corriente, residen incluso en la *Domus Sanctae Marthae*. Paso ahora a los Estados Unidos. Obviamente, el primero en ser informado sobre las medidas impuestas por el Papa Benedicto a McCarrick fue su sucesor en la sede de Washington, el **cardenal Donald Wuerl**, cuya situación ahora está totalmente comprometida por las recientes revelaciones sobre su comportamiento cuando era obispo de Pittsburgh.

Es del todo impensable que el Nuncio Sambì que, como romañolo, era una persona muy responsable, leal, directa y explícita en su modo de ser, no le hubiera hablado del caso. En cualquier caso, yo mismo abordé en más de un ocasión este tema con el cardenal Wuerl, y no tuve necesidad de entrar en detalles porque tuve claro que estaba totalmente al corriente del caso. Recuerdo, sobre todo, el hecho que tuve que llamar su atención porque me di cuenta que, en la contraportada a color de una publicación de la archidiócesis, se anunciaba una invitación a un encuentro con el cardenal McCarrick dirigida a jóvenes que creían tener vocación al sacerdocio. Telefoneé inmediatamente al cardenal Wuerl, que me manifestó su asombro, diciéndome que no sabía nada de ese anuncio y que se ocuparía de anular dicho encuentro. Si como sigue afirmando ahora no sabía nada de los abusos cometidos por McCarrick y de las medidas tomadas por el Papa Benedicto, ¿cómo explica su respuesta?

Sus declaraciones recientes, en las que afirma no haber sabido nunca nada, aunque al principio hace astutamente referencia a las indemnizaciones a las dos víctimas, son totalmente ridículas. El cardenal miente descaradamente y, además, induce a la mentira a su canciller, mons. Antonicelli.

Pero el cardenal Wuerl ya había mentido claramente en otra ocasión. Tras un evento moralmente inaceptable autorizado por las autoridades académicas de la Universidad de Georgetown, yo había llamado la atención de su presidente, John DeGioia, al que seguidamente envié dos cartas. Antes de enviarlas al destinatario, por corrección, entregué personalmente copia de las mismas al cardenal con una misiva de acompañamiento. El cardenal me dijo que no tenía conocimiento de los hechos. Sin

embargo, evitó dar acuse de recibo de mis dos cartas, contrariamente a lo que solía hacer. Después supe que hacía siete años que en la Universidad de Georgetown se llevaba a cabo dicho evento. Pero, ¡el cardenal no sabía nada!

El cardenal Wuerl, además, consciente de los continuos abusos cometidos por el cardenal McCarrick y de las sanciones que le había impuesto el Papa Benedicto, transgrediendo la orden del Papa le había permitido residir en un seminario de Washington D.C., poniendo en peligro a otros seminaristas.

El **obispo Paul Bootkoski**, emérito de Metuchen, y el **arzobispo John Myers**, emérito de Newark, encubrieron los abusos cometidos por McCarrick en sus respectivas diócesis e indemnizaron a dos de sus víctimas. No pueden negarlo y tienen que ser interrogados para que revelen las circunstancias y las responsabilidades al respecto.

El **cardenal Kevin Farrell**, entrevistado recientemente por los medios de comunicación, también ha afirmado no haber tenido la más mínima sospecha de los abusos cometidos por McCarrick. Teniendo en cuenta su currículum en Washington, Dallas y ahora en Roma, creo que nadie puede, con toda honestidad, creer en lo que dice. No sé si alguien le ha preguntado en alguna ocasión si conocía los crímenes de Maciel. Si tuviera que negarlo, ¿alguien le creería visto que ha tenido tareas de responsabilidad como miembro de los Legionarios de Cristo?

Respecto al **cardenal Sean O'Malley** me limito a decir que sus últimas declaraciones sobre el caso McCarrick son desconcertantes, y oscurecen totalmente su transparencia y credibilidad.

* * *

Mi conciencia me obliga también a revelar hechos que he vivido en primera persona relacionados con el Papa Francisco, que tienen un significado dramático y que, como obispo que comparte la responsabilidad colegial de todos los obispos hacia la Iglesia universal, no me permiten callar, y que aquí afirmo, dispuesto a confirmarlos bajo juramento llamando a Dios como mi testigo.

En los últimos meses de su pontificado, el Papa Benedicto XVI había convocado en Roma una reunión de todos los Nuncios Apostólicos, como ya habían hecho anteriormente Pablo VI y san Juan Pablo II en muchas ocasiones. La fecha fijada para la Audiencia con el Papa era el viernes 21 de junio de 2013. El Papa Francisco mantuvo este compromiso tomado por su predecesor. Naturalmente, yo también viajé a Roma desde Washington. Se trataba de mi primer encuentro con el nuevo Papa, elegido tres meses antes, después de la renuncia del Papa Benedicto.

La mañana del jueves 20 de junio de 2013 me dirigí a la *Domus Sanctae Marthae*, para unirme a mis compañeros, que estaban allí alojados. En cuanto entré en el hall me encontré con el cardenal McCarrick, revestido con el hábito talar con esclavina fileteada. Le saludé con respeto, como había hecho siempre. Él me dijo inmediatamente, con un tono entre ambiguo y triunfante: “***El Papa me ha recibido ayer; mañana me voy a China***”.

Entonces no sabía nada de su larga amistad con el cardenal Bergoglio y del importante papel que había jugado en su reciente elección, como el mismo McCarrick reveló al cabo de un tiempo en una conferencia que dio en la *Villanova University* y en una

entrevista al *Catholic National Reporter*; tampoco había pensado nunca en el hecho que había participado en los encuentros preliminares del reciente cónclave, y en el papel que había podido tener como elector en el cónclave de 2005. Por eso no capté inmediatamente el significado del mensaje encriptado que McCarrick me había lanzado; mensaje que se hizo evidente para mí en los días inmediatamente sucesivos. Al día siguiente tuvo lugar la Audiencia con el Papa Francisco. Después del discurso, en parte leído y en parte improvisado, el Papa quiso saludar uno a uno a todos los nuncios. En fila india, recuerdo que yo era el último. Cuando llegó mi turno, tuve apenas tiempo de decirle: “*Soy el nuncio en los Estados Unidos*”, cuando él, sin ningún preámbulo, me reprendió con estas palabras: “**¡Los obispos de los Estados Unidos no deben estar ideologizados! ¡Tienen que ser pastores!**”. Naturalmente, no estaba en condiciones de pedir explicaciones sobre el significado de sus palabras y por el modo agresivo con el que me había increpado. Tenía en la mano un libro en portugués que el cardenal O’Malley me había entregado para el Papa unos días antes, diciéndome: “*Así repasa el portugués antes de ir a Río para la Jornada Mundial de la Juventud*”. Se lo entregué rápidamente, librándome así de una situación extremadamente desconcertante e incómoda.

Al término de la Audiencia el Papa anunció: “***Los que el próximo domingo estén aún en Roma están invitados a concelebrar conmigo en la Domus Sanctae Marthae***”. Naturalmente, pensé en quedarme para aclarar cuanto antes lo que el Papa había querido decirme.

El domingo 23 de junio, antes de la concelebración con el Papa, le pedí a mons. Ricca, que como responsable de la casa nos ayudaba a revestirnos de los ornamentos sacerdotales, si podía preguntarle al Papa si podía recibirme a lo largo de la semana siguiente. ¿Cómo podía volver a Washington sin haber aclarado lo que el Papa quería de mí? Terminada la misa, mientras el Papa saludaba a los pocos laicos presentes, mons. Fabian Pedacchio, su secretario argentino, vino hacia mí y me dijo: “*El Papa me ha pedido que le pregunte si está libre ahora*”. Obviamente le respondí que estaba a disposición del Papa y que le agradecía que me recibiera tan rápido. El Papa me llevó al primer piso, donde está su apartamento, y me dijo: “***Tenemos 40 minutos antes del Angelus***”.

Empecé yo la conversación, preguntándole al Papa qué había querido decirme con las palabras que me había dirigido cuando le había saludado el viernes anterior. Y el Papa, con un tono muy distinto, amigable, casi afectuoso, me dijo: “***Sí, los obispos de los Estados Unidos no deben estar ideologizados, no deben ser de derechas como el arzobispo de Filadelfia, (el Papa no mencionó el nombre del arzobispo), tienen que ser pastores; y no deben ser de izquierdas –y añadió levantando ambos brazos–, y cuando digo de izquierdas, quiero decir homosexuales***”. Naturalmente, no comprendí la lógica de la correlación entre ser de izquierdas y ser homosexuales, pero no añadí nada más.

Entonces, el Papa me preguntó con tono muy cordial: “***¿Cómo es el cardenal McCarrick?***”. Le respondí con total franqueza y, si lo desean, con mucha ingenuidad: “*Santo Padre, no sé si usted conoce al cardenal McCarrick, pero si le pregunta a la Congregación para los Obispos, hay un dossier así de grande sobre él. Ha corrompido a generaciones de seminaristas y sacerdotes, y el Papa Benedicto le ha impuesto*

retirarse a una vida de oración y penitencia”. El Papa no hizo el más mínimo comentario a mis graves palabras y su rostro no mostró ninguna expresión de sorpresa, como si ya conociera la situación desde hace tiempo, y cambió enseguida de tema. Pero, entonces, ¿con qué fin el Papa me había hecho esa pregunta: “***Cómo es el cardenal McCarrick***”? Evidentemente, quería saber si yo era aliado o no de McCarrick.

De vuelta ya en Washington vi todo con gran claridad, gracias también a un nuevo hecho que sucedió pocos días después de mi encuentro con el Papa Francisco. En la toma de posesión de mons. Mark Seitz como obispo de la diócesis de El Paso el 9 de julio de 2013, envié al primer Consejero, mons. Jean-François Lantheaume, mientras yo, ese mismo día, iba a Dallas para un encuentro internacional sobre Bioética. Cuando volví, mons. Lantheaume me contó que en El Paso se había encontrado con el cardenal McCarrick el cual, en un aparte, le había dicho casi las mismas palabras que el Papa me había dicho a mí en Roma: “***Los obispos de los Estados Unidos no deben estar ideologizados, no tienen que ser de derechas, tienen que ser pastores...***”. ¡Me quedé atónito! Estaba claro que las palabras de reproche que el Papa Francisco me había dirigido ese 21 de junio de 2013 se las había puesto en los labios el día antes el cardenal McCarrick. También la mención que el Papa había hecho “***no como el arzobispo de Filadelfia***” conducía a McCarrick, porque entre ambos había habido una fuerte discusión respecto a la admisión a la comunión de los políticos favorables al aborto: McCarrick había manipulado, en su comunicado a los obispos, una carta del entonces cardenal Ratzinger que prohibía darles la comunión. También sabía cuán unidos estaban a McCarrick algunos cardenales como Mahony, Levada y Wuerl, que habían obstaculizado los nombramientos más recientes del Papa Benedicto para sedes importantes como Filadelfia, Baltimore, Denver y San Francisco.

No satisfecho con la trampa que me había tendido el 23 de junio de 2013 al preguntarme sobre McCarrick, unos meses después, en la audiencia que me concedió el 10 de octubre de 2013, el Papa Francisco me tendió una segunda, esta vez respecto a otro protegido suyo, el cardenal Donald Wuerl. Me preguntó: “***¿El cardenal Wuerl cómo es, bueno o malo?***”. “*Santo Padre –le respondí–, no le diré si es bueno o malo, pero le contaré dos hechos*”. Y le conté los dos hechos que he mencionado anteriormente, relacionados con la indiferencia pastoral de Wuerl ante las desviaciones aberrantes en la Universidad de Georgetown, y la invitación que hizo la archidiócesis de Washington a jóvenes aspirante al sacerdocio a un encuentro con McCarrick. También en esta ocasión el Papa no tuvo ninguna reacción.

Era evidente que a partir de la elección del Papa Francisco, McCarrick, liberado de cualquier obligación, se sentía libre de viajar continuamente, dar conferencias y entrevistas. En un juego de equipo con el **cardenal Rodríguez Maradiaga**, se había convertido en el *kingmaker* [*hacedor de reyes*] de los nombramientos en la Curia y en los Estados Unidos, y en el consejero más escuchado en el Vaticano para las relaciones con la administración Obama. Se explica así que, como miembros de la Congregación para los Obispos, el Papa sustituyera al cardenal Burke con Wuerl y nombrara de inmediato a Cupich, al que también hizo cardenal. Con dichos nombramientos, la Nunciatura de Washington estaba fuera de juego en relación al nombramientos de los obispos. Además, nombró al brasileño **Ilson de Jesus Montanari** -gran amigo de su

secretario privado argentino **Fabian Pedacchio**-, Secretario de la Congregación para los Obispos y Secretario del Colegio de Cardenales, promoviéndole, en un solo movimiento, de simple oficial de ese dicasterio a Arzobispo Secretario. ¡Nunca se había visto algo así para un cargo tan importante!

Los nombramientos de **Blase Cupich** en **Chicago** y de **William Tobin** en **Newark** fueron orquestados por **McCarrick**, **Maradiaga** y **Wuerl**, que están unidos por un pacto infame de abusos por parte del primero, y de encubrimiento de los abusos por parte de los otros dos. Sus nombres no figuraban entre los presentados por la Nunciatura para Chicago y Newark.

Respecto a **Cupich**, no pasa inobservada su clara arrogancia y desfachatez al negar lo que es evidente para todos: que el 80% de los abusos cometidos contra jóvenes adultos han sido cometidos por homosexuales en una relación de autoridad hacia sus víctimas. En el discurso que hizo cuando tomó posesión de la sede de Chicago, en la que estuve presente como representante del Papa, Cupich dijo, como una salida chistosa, que ciertamente no se debería esperar del nuevo arzobispo que caminara sobre las aguas. Bastaría tal vez que fuera capaz de permanecer con los pies en la tierra y que, cegado por su ideología pro gay, no intentase cambiar la realidad, como ha afirmado en una entrevista reciente concedida a *America*. Ostentando su especial competencia en materia al haber sido Presidente del *Committee on Protection of Children and Young People* [Comité de Protección de la Infancia y de los Jóvenes] de la Conferencia Episcopal estadounidense, ha afirmado que el problema principal en la crisis de los abusos sexuales por parte del clero no es la homosexualidad, y que afirmar esto es sólo un modo de distraer la atención del verdadero problema: el clericalismo. Para sostener esta tesis, Cupich ha hecho "extrañamente" referencia a los resultados de una investigación llevada a cabo en el punto álgido de la crisis de los abusos sexuales contra menores de inicios de los años 2000, ignorando "cándidamente" que los resultados de dicha investigación fueron totalmente desmentidos por los sucesivos Informes independientes realizados por el *John Jay College of Criminal Justice* de 2004 y de 2011, en los que se concluía que, en los casos de abusos sexuales, el 81% de las víctimas eran varones. De hecho, el padre Hans Zollner, S.J., vicerrector de la Pontificia Universidad Gregoriana, presidente del *Centre for Child Protection* [Centro para la Protección de la Infancia] y miembro de la Pontificia Comisión para la Protección de Menores, ha declarado recientemente al periódico *La Stampa*, que “*en la mayor parte de los casos se trata de abusos homosexuales*”.

También el nombramiento de **McElroy** a la diócesis de **San Diego** fue orquestada desde arriba, con una orden perentoria cifrada y dirigida a mí como Nuncio por el cardenal Parolin: “*Reserve la sede de San Diego para McElroy*”. También McElroy era consciente de los abusos cometidos por McCarrick, como demuestra una carta que le dirigió Richard Sipe el 28 de julio de 2016.

A estos personajes están estrechamente vinculados individuos que pertenecen principalmente al ala desviada de la Compañía de Jesús, por desgracia hoy en día mayoritaria, y que ya había sido motivo de seria preocupación para Pablo VI y los pontífices sucesivos. Basta pensar en el **padre Robert Drinan, S.J.**, elegido cuatro veces a la Cámara de Representantes, firme defensor del aborto, o en el **padre Vincent O’Keefe, S.J.**, uno de los principales promotores del documento *The Land O’ Lakes*

Statement de 1967, que comprometió de manera muy grave la identidad católica de las Universidades de los Estados Unidos. Obsérvese que también McCarrick, estrechamente vinculado al ala desviada de los jesuitas y en esa época Presidente de la Universidad católica de Puerto Rico, participó en esa nefasta tarea, tan deletérea para la formación de las conciencias de la juventud americana.

El **padre James Martin, S.J.**, ensalzado por los personajes antes mencionados, sobre todo por **Cupich, Tobin, Farrell** y **McEnroy**, nombrado Consultor del Dicasterio para las Comunicaciones, conocido activista que impulsa la agenda LGBT y elegido para corromper a los jóvenes que participarán próximamente en Dublín en el Encuentro Mundial de las Familias, es sólo el más reciente y triste ejemplo de esa ala desviada de la Compañía de Jesús.

El Papa Francisco ha pedido en numerosas ocasiones total transparencia en la Iglesia, y a los obispos y fieles que actúen con *parresía*. Los fieles de todo el mundo se la exigen también a él de manera ejemplar. Que diga desde cuándo tenía conocimiento de los crímenes cometidos por McCarrick abusando de su autoridad con seminaristas y sacerdotes.

En cualquier caso, el Papa tuvo conocimiento de ellos por mí el 23 de junio de 2013 y siguió encubriendo a McCarrick, sin tener en cuenta las sanciones que le había impuesto el Papa Benedicto y haciendo de él su fiel consejero junto con Maradiaga.

Este, Maradiaga, se siente tan seguro de la protección del Papa que puede tachar de "cotilleos" los llamamientos insistentes de decenas de seminaristas suyos, que han tenido la valentía de escribirle una carta después de que uno de ellos intentara suicidarse debido a los abusos homosexuales que se cometen en el seminario.

Los fieles ya se han dado claramente cuenta de cuál es la estrategia de **Maradiaga**: insultar a las víctimas para salvarse a sí mismo, mentir a ultranza para encubrir la vorágine de abusos de poder, de mala gestión en la administración de los bienes de la Iglesia, de desastres financieros, también de amigos íntimos, como es el caso del embajador de Honduras, Alejandro Valladares, antiguo Decano del Cuerpo Diplomático ante la Santa Sede.

En el caso del obispo auxiliar Juan José Pineda, después del artículo aparecido el pasado mes de febrero en el semanal *L'Espresso*, Maradiaga había declarado al periódico *Avvenire*: «*Fue mi obispo auxiliar Pineda el que pidió la visita, para así "limpiar" su nombre tras las calumnias de que había sido objeto*». Ahora, de Pineda se ha publicado sólo que su dimisión ha sido sencillamente aceptada, haciendo desaparecer de este modo en la nada cualquier probable responsabilidad suya y de Maradiaga.

En nombre de la transparencia tan defendida por el Papa, hay que hacer público el informe que el Visitador Apostólico, el obispo argentino Alcides Casaretto, entregó al Papa, y sólo a él, hace más de un año.

Por último, también el reciente nombramiento como Sustituto del **Arzobispo Edgar Peña Parra** tiene una vinculación con Honduras, es decir, con **Maradiaga**. Peña Parra, de hecho, prestó servicio de 2003 al 2007 en la Nunciatura en Tegucigalpa como Consejero. Cuando yo era Delegado para las Representaciones Pontificias me habían llegado informaciones preocupantes sobre él.

En Honduras está a punto de repetirse un escándalo de dimensiones descomunales como el de Chile. El Papa defiende a ultranza a su hombre, el cardenal Rodríguez Maradiaga, como había hecho en Chile con el obispo Juan de la Cruz Barros, que él mismo había nombrado obispo de Osorno, en contra de la opinión de los obispos chilenos. Primero insultó a las víctimas de los abusos; después, cuando se vio obligado debido al clamor de los medios de comunicación y a la revuelta de las víctimas y los fieles chilenos, reconoció su error y pidió perdón, aunque afirmando que había sido mal informado, provocando así una situación desastrosa en la Iglesia del país, pero protegiendo aún a dos cardenales chilenos, Errazuriz y Ezzati.

El comportamiento del Papa tampoco ha sido distinto en el triste caso de McCarrick. Sabía, por lo menos desde el 23 de junio de 2013, que McCarrick era un depredador en serie. Y aunque sabía que era un corrupto, lo ha encubierto a ultranza; es más, ha hecho suyos los consejos que McCarrick le daba, y que no estaban ciertamente inspirados por sanas intenciones y por su amor a la Iglesia. Sólo cuando se ha visto obligado por la denuncia de un menor, y siempre en función del aplauso de los medios de comunicación, ha tomado medidas para, así, salvaguardar su imagen mediática.

En los Estados Unidos se eleva ahora una única voz, procedente sobre todo de los fieles laicos, a los que últimamente se han unido algunos obispos y sacerdotes, que pide que todos los que han encubierto con su silencio el comportamiento criminal de McCarrick, o que se han servido de él para hacer carrera o promover sus intenciones, ambiciones o su poder en la Iglesia, tienen que presentar su dimisión.

Pero esto no basta para sanar la situación de los gravísimos comportamientos inmorales cometidos por parte del clero, obispos y sacerdotes. Es necesario proclamar un tiempo de conversión y penitencia. Es necesario que el clero y los seminarios recuperen la virtud de la castidad. Es necesario luchar contra la corrupción del uso impropio de los recursos de la Iglesia y de las ofertas de los fieles. Es necesario denunciar la gravedad de la conducta homosexual. Es necesario erradicar las redes de homosexuales existentes en la Iglesia, como ha escrito recientemente Janet Smith, profesora de Teología Moral en el Seminario Mayor Sagrado Corazón de Detroit. *“El problema de los abusos del clero –ha escrito–, no podrá resolverse sólo con la dimisión de algunos obispos, ni tampoco con nuevas directrices burocráticas. El centro del problema son las redes homosexuales existentes en el clero, que tienen que ser erradicadas”*. Estas redes homosexuales, difundidas ya en muchas diócesis, seminarios, órdenes religiosas, etc., actúan protegidas por el secreto y la mentira con la fuerza de los tentáculos de un pulpo, triturando a las víctimas inocentes, a las vocaciones sacerdotales y estrangulando a toda la Iglesia.

Imploro a todos, sobre todo a los obispos, para que rompan el silencio y, así, derrotar esta cultura de *omertà* tan difundida, denunciando a los medios de comunicación y a las autoridades civiles los casos de abuso de los que tengan conocimiento.

Escuchemos el mensaje más potente que nos ha dejado en herencia san Juan Pablo II: ***¡No tengáis miedo! ¡No tengáis miedo!***

El Papa Benedicto, en su homilía para la Festividad de la Epifanía de 2008, nos recordaba que el plan de salvación del Padre se ha revelado y realizado plenamente en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, pero tiene que ser escuchado por la

historia humana, que es siempre historia de fidelidad por parte de Dios y, lamentablemente, también de infidelidad por parte de nosotros los hombres. La Iglesia, depositaria de la Nueva Alianza, sellada con la sangre del Cordero, es santa pero formada por pecadores, como escribió san Ambrosio: la Iglesia es *“immaculata ex maculatis”*, es santa y sin mancha aun estando formada en su recorrido terrenal por hombres manchados de pecado.

Quiero recordar esta verdad indefectible de la santidad de la Iglesia a todos aquellos que, ante el abominable y sacrílego comportamiento del antiguo arzobispo de Washington, Theodore McCarrick, y ante la grave, desconcertante y pecaminosa conducta del Papa Francisco y la *omertà* de muchos pastores, están tan profundamente escandalizados que sienten la tentación de abandonar la Iglesia, desfigurada por tantas ignominias.

El Papa Francisco, en el Angelus del domingo 12 de agosto de 2018 ha pronunciado estas palabras: ***“Cada uno es culpable del bien que podía hacer y no ha hecho... Si no nos oponemos al mal, lo alimentamos de manera tácita. Es necesario intervenir donde el mal se difunde; porque el mal se difunde donde faltan cristianos valientes que se opongan con el bien”***. Si esta, justamente, hay que considerarla una grave responsabilidad moral para cada fiel, es aún más grave para el supremo pastor de la Iglesia que, en el caso de McCarrick, no sólo no se ha opuesto al mal, sino que se ha asociado para llevar a cabo el mal con quien sabía que estaba profundamente corrompido, ha seguido los consejos de quien sabía que era un perverso, multiplicando así de manera exponencial, con su autoridad suprema, el mal actuado por McCarrick. ¡Y a cuántos malos pastores Francisco sigue apoyando en su acción de destrucción de la Iglesia!

Francisco está abdicando del mandato que Cristo dio a Pedro de confirmar a sus hermanos. Es más, con acción los ha dividido, los induce en error, anima a los lobos a seguir destrozando a las ovejas del grey de Cristo.

En este momento extremadamente dramático para la Iglesia universal tiene que reconocer sus errores y, en coherencia con el proclamado principio de tolerancia cero, el **Papa Francisco tiene que ser el primero en dar ejemplo a los cardenales y obispos que han encubierto los abusos de McCarrick y tiene que dimitir con todos ellos.**

¡Aun en el desconcierto y en la tristeza por la gravedad de todo lo que está sucediendo, **no perdamos la esperanza!** Sabemos bien que la gran mayoría de nuestros pastores viven con fidelidad y dedicación su vocación sacerdotal.

En los momentos de grandes pruebas es cuando la gracia del Señor se revela con sobreabundancia y pone su ilimitada misericordia a disposición de todos; pero esta es concedida sólo a quien esté verdaderamente arrepentido y se proponga sinceramente enmendarse. Este es el tiempo oportuno para que la Iglesia confiese sus pecados, se convierta y haga penitencia.

Recemos todos por la Iglesia y por el Papa, ¡recordemos cuántas veces nos ha pedido que recemos por él!

Renovemos todos la fe en la Iglesia nuestra madre: **“¡Creo en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica!”**.

¡Cristo no abandonará nunca a su Iglesia! ¡La ha generado con su sangre y la reanima continuamente con su Espíritu!

María, Madre de la Iglesia, ¡reza por nosotros!

María Virgen Regina, Madre del Rey de la gloria, ¡reza por nosotros!

Roma, a 22 de agosto de 2018

Santísima María Virgen Reina